

vuelvan esos títeres, no los reciba V. No sé por qué, por el mero hecho de ocuparse el regente en magia, todo el mundo ha de hacer lo mismo. Vámonos. ¿quieren Vds.?

Mi amiga y yo seguimos á la duquesa, que parecía estar irritadísima; y, sin embargo, lo que luego recibió el nombre de conspiración de Cellamare acababa de decidirse. Uno de aquellos pelagatos de aspecto repulsivo y pringosos harapos que tan mal efecto me habían causado, era nada menos que el embajador.

Así fué cómo, sin darme cata, vime envuelta en aquel fregado, y cómo serví de excusa á una conspiración en la que no sospechaba.

De vuelta en Sceaux, cenamos, y al otro día me despertó temprano un correo de la señora de Parabere, portador de una carta que únicamente contenía estas palabras:

«Todavía no somos amigas, pero es V. buena, y me dirijo á V. con toda confianza. Póngase V. sin demora en camino y véngase derechamente á mi casa, pues necesito de V. Es asunto de vida ó muerte: no se haga V. aguardar. En cuantas me rodean no hay una mujer á quien pueda yo pedir lo que de V. espero. Si V. se niega á escucharme, estoy perdida.»

XXVI

Me apresuré á enterar de lo transcrito á la señorita de Launay, rogándole que me disculpase á los ojos de la duquesa del Maine y obtuviese de ella que me enviase á París. Temí descontentar á la duquesa, y por eso sorprendíome grandemente el saber que aque-

lla aprobaba mi decisión, y que no reclamaba de mí sino que fuese á verla antes de mi partida, para poner á mi disposición sus carrozas tan pronto me pluguiese. Al despedirme de la señora del Maine, sus últimas palabras fueron estas:

— Me halaga que sea V. fiel á sus amistades, y espero que cuando V. y yo seamos amigas, como deseo, conservará V. igual fidelidad.

Púseme sin demora en camino, y aquella tarde misma llegué á París y me hice conducir directamente á casa de la señora de Parabere, que al oír mi carroza mandó abrir las puertas y envió á mi encuentro una doncella de confianza, que bajó volando la escalera y me dijo:

— ¡Ah! señora, ¡cuánto va á alegrarse de ver á V. la señora marquesa!

— ¿Está en casa?

— Sí, señora, para V., sí. La pobre tiene gran necesidad de sus amigos.

Al oír estas palabras, me figuré que había ocurrido una desgracia, y, sin embargo, lo que del regente y de la marquesa me había cabido presenciar, en nada se parecía á la desesperación. Eché escalera arriba haciendo conjeturas, aunque ociosamente, pues me era imposible adivinar.

La señora de Parabere salió á mi encuentro, toda desmelenada, me abrazó llorando, sin curarse de los criados, que nos veían, y me llevó consigo á su dormitorio, donde nos sentamos juntas en un sofá; luego volvió á abrazarme y á llorar. Yo, que nunca he pecado de sensible, no sabía qué hacer, cuanto más que aquella amistad repentina aun no había llegado en mí á tal extremo.

— ¿Qué pasa, señora? — dije, — ¿y en qué puedo ser á V. útil? He acudido presurosa al llamamiento de usted...

— ¡Oh! ¡gracias, gracias! Déjeme V. que me serene un poco, y todo se lo diré; es este instante soy incapaz de contárselo.

La marquesa estaba, efectivamente, trastornadísima; nunca me hubiera figurado que de tal suerte tomase las cosas.

Después de haber bebido unas gotas y aspirado sales, y al parecer algo repuesta, se volvió hacia mí y me preguntó:

— ¿Se acuerda V. del conde de Horn?

— Claramente, señora. Hace pocos días lo vi por última vez en casa de V.

— Pues sepa V. que lo han preso.

— ¡Preso! ¿Por qué?

— Lo acusan de asesinato, y todo á causa del abominable sistema de Law, que volverá locos ó criminales á todos.

— ¿En verdad el conde ha cometido un asesinato?

— No, el conde de Horn es incapaz de cometerlo. ¿V. lo ha visto y puede dudar de ello?

— Si no es culpado, lo soltarán.

— No, porque el regente, por la primera vez en su vida, tiene voluntad. Odia al conde.

— ¿Por qué?

— Porque yo lo amo.

Nada me cabía contestar á esto, que no dejaba de ser natural.

— Hace tres días — prosiguió la marquesa, — el conde de Horn me hizo una larga visita, y en un arranque de exaltación se derribó de rodillas á mis pies en el preciso instante en que entraba el duque de Orleans, que se puso encendido de cólera y mostró la puerta al joven, diciendo:

«— ¡Salga V., caballero!

«— Nuestros mayores habrían dicho: «¡Salgamos!» — replicó el de Horn mirando con altivez al regente.

«De esto se originó una disputa que duró casi todo el día; maltraté al príncipe, y le dije verdades de esas que nunca se olvidan. El duque salió echando chispas, y no he vuelto á verlo.»

Poco ó nada comprendía yo hasta aquí; pero la marquesa prosiguió:

— Ayer, por la mañana, me anunciaron que un exento de los guardias franceses solicitaba entregarme personalmente una carta. Esta, léala V.

La carta decía:

«Hermosa y adorada marquesa: cifro en V. todas mis esperanzas; si no acude V. en mi auxilio, no hay remedio para mí. Un aciago arrebataimiento, consecuencia del insoportable trato que recibí en casa de V., me ha hecho culpado de homicidio...»

— Pero, señora — exclamé, interrumpiéndome, — el conde confiesa.

— Un homicidio, pero no un asesinato — replicó la marquesa. — Prosiga V.

«He matado á un hombre que me había insultado, á un hombre indefenso: era un miserable, un ladrón; no he hecho más que preservarme. Líbreme V. de mi encierro, donde no, no volveré á verla, y me es indispensable ver á V. para vivir.»

— Y bien—dije,—¿qué ha hecho V.?

— Aguardé la contestación á una carta que escribí á Dubois, no atreviéndome á dirigirme directamente al duque de Orleans, á causa de lo ocurrido la víspera. Entonces el caso no me pareció grave, díme á entender que el arresto sería muy corto; la Tournelle, antes de intervenir en este asunto, tenía que haberlo meditado mucho. Según yo entendía, al hermano de un príncipe soberano extranjero únicamente podía

enjuiciarlo la corte; pero la contestación de Dubois me sacó de este error; el caso era grave, se trataba de un asesinato, y, lejos de soltar al conde, lo procesaron. Entonces y desatinada me aboqué con el regente, digo, lo intenté, porque éste se negó á recibirme, como se negó á contestarme á una carta que le escribí. En una hora visité á diez potentados, y todos se hicieron el sordo; entonces conocí el peligro, sentí la necesidad de una amiga, pensé en V. y le envié una carta. Ahora que está V. aquí, tengo la seguridad de que va V. á ayudarme.

— ¿Qué puedo hacer?

— Iremos juntas al palacio del regente. A V. la recibirá.

— Apenas me conoce.

— Conoce á V. lo bastante para haberla hallado hermosa, y nada más se necesita.

— ¿No ha dado V. paso alguno para verlo hoy?

— Sí; pero esta mañana muy temprano ha salido para Saint-Cloud, y todavía no ha regresado. Tan pronto llegue, me avisarán. Quedamos en que V. me acompañará. ¿no es verdad?

Walpole no anda del todo descaminado al darme de novelesca en lo que se refiere á mi juventud; pero de este achaque estoy tan radicalmente curada hace tiempo, que no me quedan de él ni vestigios. A la sazón sí lo era, y no dejó de moverme la satisfacción de verme envuelta como persona agente en aquel asunto.

Dije á la marquesa que contase conmigo, y respondíome que iban á preparar mis habitaciones. Luego intenté consolarla infundiéndole esperanzas.

— ¡Ah!—profirió la señora de Parabere, moviendo á una y otra parte la cabeza, — todavía no lo sabe V. todo.

— No morirá, lo salvaremos.

— ¡Ay! no lo salvaremos, morirá, se lo garantizo á V.

— No haga V. conjeturas funestas, señora.

— No son conjeturas, sino la realidad. Cuantos me han amado y á los cuales he consentido que me amasen, han muerto violentamente. Traigo desventura.

Y al ver que yo hacía un ademán de incredulidad, la marquesa añadió:

— ¿Quiere V. ver la lista y la prueba? Escuche usted: El padre Montmorency, asesinado á la puerta de mi casa; el vizconde de Jonsac, arrojado por una ventana; los dos hermanos Scheval, muertos en duelo por mí; el caballero Breteuil, muerto como los hermanos Scheval; el joven Blesne, primer paje de la princesa, asesinado en un coche, mientras me esperaba á la puerta del baile de la Opera; el padre Gisors, envenenado; Cernay, que se volvió loco y se estranguló con sus cabellos; y el caballero Vieuville, mi primo, que pegó furgo á la santa bárbara de su buque y voló con él por los aires. Como V. ve, la lista es larga, y los nombres son ilustres. El conde de Horn vendrá á figurar en ella, y, llegada la ocasión, hará lo mismo Felipe de Orleáns. Dios lo tiene así dispuesto.

Todavía estoy viendo el rostro de la marquesa cuando de esta suerte se expresaba; todavía tengo presente aquel espanto, aquella convicción impresa profundamente en sus facciones; sus palabras me helaron la sangre; tuve miedo como ella; no obstante, me esforcé en contestarle y en ahuyentar aquellas imágenes.

En esto, entró una de las criadas de la señora de Parabere, y dijo:

— El señor regente está de regreso, y espera á la señora marquesa.

XXVII

Como me había comprometido á acompañar á la señora de Parabere, y, hablando sinceramente, me aguijaba tanto como á ella el deseo de que así fuese, la seguí sin hacerme de rogar.

Anunciadas por Cauche, confidente íntimo del regente, éste nos recibió sin demora, y, al verme, se manifestó sorprendido; con todo, me acogió muy cortésmente y me rogó con suma atención que me sentase.

— Señor — dijo repentinamente la marquesa, sin pararse en la etiqueta, — el conde de Horn está preso en la Corserjería.

— Lo sé, asesinó á un hombre en la calle de Quincampoix.

— No, señor, lo que hizo fué vengar una injuria que acababan de inferirle.

— Está V. mal informada, señora; asesinó y robó á un usurero que llevaba encima un tesoro, y repartieron el dinero él y un aventurero piamontés que se titula á sí mismo el caballero de Milhes, y es hermano de un caballerizo de la princesa de Carignán.

— Todo eso es pura fábula, señor; y con V. saber que es así, lo repite, lo cual es horrendo.

— Digo la verdad.

— No, no lo es; la verdad voy á decírsela yo: el conde de Horn había confiado una gran cantidad de dinero á un judío, y fué á pedir á éste que se lo restituyese, en una taberna donde él tenía la seguridad de encontrarlo. Ahora bien, el judío se negó á la restitución, y como el conde tiene el genio muy violento,

injurio al judío, que cometió la infamia de abofetearlo. Entonces, el señor de Horn hizo lo que todo noble hubiera hecho en su lugar, lo que V. mismo habría hecho, lo atravesó de parte á parte con su espada.

— Pamplina, pura pamplina; obra en mi poder el parte oficial: el conde está confeso, y la cartera la hallaron encima de su cómplice. Esto está firmado por cien testigos.

— ¿Qué se propone V. hacer?

— El asunto seguirá sus trámites; el parlamento va á informar: no impunemente se asesina á los súbditos del rey.

— ¡Un pariente de V.! ¡un extranjero! ¡un príncipe! A V. le consta que el conde no está en su sano juicio; la locura es casi hereditaria en su familia.

— Nunca lo he tenido por loco más que por V., señora, y esta es una locura de la que todos participamos.

— Va V. á cometer una mala acción, duque, una bajeza indigna de V.; reflexione V.

— Pasa V. mucho cuidado por mi fama, señora.

— ¿Y si esas calumnias hallan eco, y los jueces declaran culpado al conde?

— Lo condenarán.

— V... ¿á qué?

— Probablemente á la pena capital.

La marquesa exhaló un chillido, y yo sentí que me ponía pálida.

— ¡A la pena capital! — exclamó la señora de Parabere. — ¡Condenado á muerte ese joven sin ventura! ¡un niño! ¡casi un insensato! ¡Ah! V. no permitirá que lo maten, lo indultará.

— El rey puede hacerlo.

— El rey es V., y en este supuesto estoy tranquila.

— Sin embargo, me tocaría vengarme, pues las instancias de V. la venden, señora. V. ama al conde de Horn.

— Y aunque así fuese — exclamó con impetuosidad la marquesa, — ¿qué? Sería una nueva razón para que se mostrase V. justo para con él. Un gran príncipe como V. no se venga con una traición. A V. lo asusta derramar sangre, y no derramará la del conde.

En esto anunciaron al duque de Saint-Simón.

— ¡Ah! — profirió la señora de Parabere, saliendo al encuentro de aquél, — me llega un auxiliar.

El señor de Saint-Simón, que era la gravedad y la malicia en persona, saludó con circunspección á la marquesa. Pareciase el tal á sus Memorias, que, sin embargo, son una de las mejores piezas que tratan de este siglo. Severo hasta la aspereza en sus costumbres, nunca fué indulgente para con persona alguna, y menos para cuanto se relacionase con la galantería. Por eso todas las íntimas del regente lo odiaban, y fueron precisas aquellas circunstancias supremas para que la señora de Parabere no pagase desdén con desdén al duque.

— Viene V. para interesarse á favor del conde de Horn, ¿no es verdad, caballero? — preguntó la marquesa al duque.

— Efectivamente, me trae ese desdichado asunto, señora — contestó el duque. — Antes de salir para la Ferté, como suelo hacerlo todos los años por este tiempo, vengo á despedirme del regente y á recordarle los vínculos de parentesco que unen á la princesa con la casa de Horn.

— Ya sé eso — dijo el regente.

— V. no puede consentir que el conde quede deshonrado, y me dará palabra de que ni las incitaciones de sus familiares, ni consideración personal

alguna lo decidirán á cerrar los ojos sobre lo que ha de suceder. No me iré tranquilo sin que me empeñe usted su palabra. Piense V. que el suplicio de ese joven mancillaría el escudo de todas las grandes casas de Europa, empezando por la de V.

— No hemos llegado á eso.

— El parlamento, sorprendido, sería capaz de decretar el enrodamiento.

— ¡La rueda! ¡el conde de Horn enrodado! — exclamó la marquesa. — Si el señor regente consintiese tal atrocidad, sería preciso eliminarlo de la lista de los príncipes.

— Pláceme ver cómo defiende V. á sus amigos, señora — dijo el duque de Orleáns, sonriéndose con amargura. Y volviéndose hacia el duque de Saint-Simón, añadió:— Váyase V. con toda tranquilidad, caballero; ya ve V. que su patrocinado tiene buenos defensores. Por otra parte, la inocencia del conde quedará evidente, y todos tendremos ocasión de felicitarnos. ¿Cena V. con nosotros, marquesa? ¿Y V., señora, se aviene á acompañarnos?

Este convite tenía todas las trazas de una despedida por la manera como había sido pronunciado; pero la señora de Parabere no estaba inclinada á aceptarlo, y yo menos todavía.

Hicimos, ó por mejor decir, hice una reverencia, y nos fuimos.

Una vez en su casa, la señora de Parabere llamó á una criada suya, bretona, que por su ama se habría hecho ahorcar, y le entregó veinticinco lises para que los llevara al alcaide de la Conserjería para que éste hiciese llegar á manos del conde de Horn una carta en la cual lo tranquilizaba, anunciándole que el regente le había empeñado la palabra, y que no le sobrevendría daño alguno, carta á la que aquel atolondrado contestó que eso le importaba un comino,

que nada quería de la marquesa, á quien ya no amaba; toda vez que había sido capaz de pedir su perdón á otro hombre.

¡Qué necios son los enamorados!

Aquella desdichada causa pasó al parlamento; se echó mano de todos los recursos, la nobleza se revolucionó, pues no llevaba con paciencia la idea de ver condenar al de Horn, el cual, confeso del homicidio, repelia enérgicamente el calificativo de asesinato, mientras el caballero de Milhes sostenía lo contrario, esto es, que habían quitado juntos la vida al judío, después de haberle armado un lazo, y que el contenido de la cartera tenían que repartírselo entrambos.

Esto, unido quizás á misteriosos influjos — y Dios se lo perdone al regente y á sus dignos consejeros, — hizo mella en los jueces, y, tras largos debates é interminables deliberaciones, el conde de Horn y de Over-Ysscher fué sentenciado á muerte en la rueda, como culpado de robo y asesinato.

Esta sentencia levantó un clamor de indignación en París. Las familias más encumbradas de Francia, parientes ó aliadas del acusado, antes de fallarse la causa habían ido en corporación á saludar á los jueces. Pronunciada la sentencia, celebraron los nobles otra reunión, en la que se redactó una nueva súplica, y firmada de todos, hombres y mujeres, la presentaron oficialmente al regente, en su Palacio Real.

Por la mañana de aquel día, el príncipe, tras una sesión borrascosa con la marquesa, había hecho á ésta una nueva promesa: la de que el conde no sería ajusticiado, pero con la condición de que ella no volvería á verlo nunca jamás, ni tendría relación alguna directa ni indirecta con él. Durante el día, el cardenal pasó algunas horas al lado de su discípulo, ó su señor, como Vds. quieran, y la diputación, al presentarse, halló frío é impasible a' du

que de Orleáns. Todos sus ruegos en pro del conde resultaron inútiles.

— El señor de Horn está loco—dijo Crequy.

— Entonces es un loco furioso — replicó el regente, — y es provechoso desembarazar de él á la sociedad.

— ¿Y la vergüenza, señor, la vergüenza para todas nuestras familias?

— La compartiré con ustedes.

— Pero, ¿y la honra de correrle por las venas la misma sangre que á Vuestra Alteza Real? La señora infanta es parienta cercana de la casa de Horn.

— Cuando tengo sangre corrompida, hago que me la quiten. ¡No puedo acceder más que á una petición: la del género de muerte. Doy á Vds. palabra de que no irá al Arenal; se le descabezará en el patio de la Conserjería, y así quedaremos á cubierto de la infamia de su suplicio. Mañana recibirá el fiscal de Su Majestad el decreto de conmutación.

XXVIII

Nocé, que amaba á la señora de Parabere, visitó á ésta y la enteró de lo que ocurría; luego añadió:

— Dubois y Law, que temen por su malditosistema, no cejarán en presencia del regente, y no permitirán que éste se enterezca. Las instancias de aquéllos, unidas á los motivos secretos que el duque pueda tener, le darán una firmeza insólita. El conde morirá, señora; únicamente le queda á V. un recurso, y yo, de V., lo emplearía: hágalo V. fugar.

Quizás era este el consejo más adecuado; pero había que haber pensado más pronto en él. Con todo

eso, ¿quién podía prever lo que pasó? Me encontraba yo en casa de la marquesa, de quien apenas me apartaba; la pobre me inspiraba tanta lástima, que me olvidé de Larnage y de sus noches estrelladas. Como decía, me encontraba yo en casa de la marquesa, cuando ésta me propuso que la acompañase á la Conserjería, pues tenía que ir ella en persona, toda vez que sólo ella podía seducir al alcaide con su irresistible hermosura y sus lágrimas. Con la imprudencia propia de mis años, no supe negarme, y disfrazadas, provistas de abundante dinero y acompañadas de la bretona, que ya conocía al carcelero, salimos en busca de un coche parado delante de un trinquete; por cierto que el auriga, tomándonos por andorreras, nos dijo media docena de majaderías.

La señora de Parabere quiso dar al cochero un luis para apaciguarlo y hacernos respetar de él; pero la doncella tuvo el tino de impedirselo; quizá nos habría asesinado al vernos tan bien provistas. El peligro era grande: de ser conocidas, hubiéramos hecho un mal tercio al conde, pues el regente, movido por sus celos, no habría perdonado aquella escapatoria. ¿Cuál fué el origen de estos celos en un hombre que, como el duque, no sintió otros en toda su vida? Averigüelo Vargas.

El alcaide nos recibió en una piececilla oscura, iluminada por humosa vela, y en la cual la humedad nos envolvió como un manto de hielo. Yo tiritaba, y la señora de Parabere estaba calenturienta. El alcaide no dejó terminar á la marquesa su discurso, llamémoslo así, y rechazó, cerrando los ojos, el puñado de oro que aquélla le ofrecía, y que él ardía en deseos de tomar; pero ahí estaba el quid.

— Señora — dijo el alcaide, — el personal que vigila en torno de la cárcel es muy numeroso, y á mí me espian hasta el punto de que no me atrevo á en-

trar solo en el calabozo del conde. Para entregar á éste las cartas de V. y obtener contestación á ellas, tendría que valerme de mil estratagemas. En verdad, ni siquiera me sería hacedero intentarlo.

La señora de Parabere se deshacía en lágrimas; sentada en un desvencijado banco de madera y humildemente vestida, estaba incomparablemente hermosa: sus lágrimas parecían perlas.

— Señora — dijo, conmovido, el alcaide, — lleve usted ese dinero al verdugo de París, y obtendrá V. de él que abrevie el padecimiento del pobre conde; temo que únicamente le quepa á V. hacer eso para el desdichado, á lo menos en este mundo; los ruegos son para el otro.

— A lo menos permítame V. que lo vea por la postrera vez — profirió la marquesa con la voz entrecortada por los sollozos. — Tome V. mi dinero, cuanto quiera.

— Sin una autorización del señor regente ó del señor fiscal de Su Majestad, es imposible.

— ¡Ay! morirá acusándome.

— Escríbale V. — dije á mi amiga; — explíqueme usted la verdad, y la comprenderá.

— No, me ama demasiado para comprender.

Sin embargo, puse recado de escribir delante de la marquesa, y ésta trazó algunas palabras, que quedaron casi borradas por las lágrimas.

El alcaide nos apremiaba más y más, pues estaba á punto de pasar una ronda y urgía que nos fuésemos; donde no, quedábamos todos comprometidos. Efectivamente, era hora de que saliésemos; tan es así, que antes de llegar á nuestro coche, parado á poca distancia, nos vimos obligadas á hacernos á un lado para que pasase una guardia nocturna, mandada por un oficial.

La desventurada marquesa estaba tan trastor-

nada, que no quise apartarme de ella, á cuyo efecto dispuse que para mí preparasen una cama en su dormitorio.

Por la madrugada y tras delirios, convulsiones y sollozos que únicamente la fatiga podía vencer, la señora de Parabere se durmió, y yo hice lo mismo, que bien lo necesitaba. A eso de las nueve de la mañana la bretona entró precipitadamente y se arrojó á los piés de su ama, exhalando espantosas voces.

— ¿Qué pasa? — preguntamos la marquesa y yo, á cual más asustada.

— ¡Oh! señora, es horrendo. Están enrodando al señor conde de Horn.

— ¡Enrodándolo! ¡válgame Dios! — exclamó la señora de Parabere.

— Sí, señora. Acabó de llegar del Arenal, y allí lo he visto, he visto su cara y sus miembros hechos una lástima. ¡Ah! ¡cuánto padece el pobre!

La marquesa exhaló un chillido tal, que todavía resuena en mis oídos, saltó de su cama, abrió los cajones, sacó cuanto encontró en ellos, y dijo á la bretona:

— ¡Vé corriendo! ¡vé! ¡el desventurado está pade-
ciendo! Recuerdo el consejo que ayer me dió aquel desconocido, que indudablemente estaba enterado de esa abominable perfidia; ¡vé!... ¡Y yo, que estaba durmiendo!... ¡Ah! ¡soy una infame!... Toma, llévalo todo al verdugo, para que termine esa agonía; vé. Toma mi carroza, cuanto quieras, pero apresúrate. Yo me voy á casa del regente, y...

— Señora, atienda...

— ¿Qué? Sólo puedo pensar en el que está pade-
ciendo y en el que lo mata. Un abrigo, ¡pronto! y si no dan con él inmediatamente, nada. Me voy.

Y medio vestida, con los cabellos caídos y apenas calzada, la señora de Parabere se encaminó preci-

pitadamente hacia la escalera, desapareció en un cerrar de ojos, y subiéndose al coche de uno de sus colonos, venido para celebrar una entrevista con el mayordomo, se hizo conducir al Palacio Real, donde le dijeron que el príncipe estaba invisible; pero la marquesa llamó con tal autoridad á la cerrada puerta, y empujó de tal suerte al ujier de cámara que se le opuso, que consiguió entrar.

La marquesa, al ver á Dubois, que estaba tra-
bajando con el regente, le dijo como á un lacayo:

— ¡Salga V.!

— Señora, saldré cuando Su Alteza me lo ordene.

— Caballero — dijo entonces la señora de Parabere al duque de Orleans, — ordene V. á ese hombre que se vaya, ó abro las ventanas de esta pieza y desde ellas digo en alta voz á los transeuntes qué es el regente de Francia.

— Dejo á Vuestra Alteza — dijo en voz baja el cardenal; — la conferencia va á ser borrascosa.

El regente frunció el cejo, y, como su ministro, de buena gana habría salido también; pero no llegaba á tanto su firmeza.

— Caballero — prosiguió impetuosamente la marquesa, — ¿cree V. que un príncipe está exento de las obligaciones de un hidalgo?

— ¿Qué quiere V. decir, señora?

— Quiero decir que un hidalgo no puede faltar á su palabra, so pena de deshonorarse, y que V., Felipe de Orleans, príncipe de la sangre y regente del reino, ha faltado por dos veces á ella.

— ¡Señora!

— Es V. un cobarde y un infame, caballero.

— ¡Ponga V. coto á sus palabras, señora!

— No pondré coto á nada y me escuchará V. Ha quebrantado V. la palabra que me dió á mí, y esto es un perjurio, no obstante ser yo nada más que mu-

er; ha quebrantado V. su palabra para con la nobleza, y la nobleza y yo nunca la olvidaremos. Ha quitado V. la vida á un inocente, y ha deshonrado V. la familia de él y la de V.; se ha revolcado V. en el cieno.

— Y dígame V., señora, ¿no ha faltado V. también á la suya? ¿No había V. prometido romper toda relación con el preso? Y, sin embargo, ¿no le escribió usted? No me diga V. que no, porque aquí están las cartas de V. ¿No ha intentado V. hacerlo fugar? He pagado perjurio con perjurio; pero esta falta V. la comparte. Sin V., lo habría salvado; sin V., sin las pruebas que me han traído esta noche, y que me han arrancado esa orden que deploro, no hubiera el conde padecido ese martirio... ¡Es demasiado tarde!

— ¡Caballero! ¡caballero! — exclamó exasperada y fuera de sí la marquesa, — no es demasiado tarde, todavía puede V. salvarlo, y lo salvará...

En esto, un oficial de palacio llamó á la puerta y entró, á una orden del regente, satisfecho de romper aquella conferencia.

— ¿Qué ocurre, caballero? — preguntó el príncipe.

— Monseñor — contestó el oficial, — de parte del teniente de policía, que todos los que tuvieron la honra de entregar á Vuestra Alteza una solicitud de súplica, acaban de llegar al Arenal vestidos de riguroso luto, en sus carrozas, enlutadas también, y que asisten silenciosamente al suplicio del conde de Horn, esperando que lo desaten de la rueda para llevarse su cuerpo y rendirle el postrer tributo. ¿Qué ordena Vuestra Alteza?

— ¿Ha muerto el conde?

— Sí, monseñor; antes de que lo pusiesen en la rueda le han aplicado el tormento al lado del caballero Milhes.

La señora de Parabere, al oír estas palabra, y

sin hacer caso del oficial, se dejó caer medio muerta en el sofá, exhalando un quejido plañidero.

— Diga V. que entreguen el cuerpo del ajusticiado á sus parientes, y que dejen á éstos en libertad de obrar como les plazca.

La marquesa se había ovillado, por decirlo así, y los cabellos le tapaban el rostro; pero una vez el oficial hubo salido, miró aquélla á todas partes; sus facciones, pálidas y trastornadas, tenían una expresión tal de altivez y de enojo, que el príncipe bajó, á su pesar, los párpados.

— Ya ha oído V. lo que acaban de decir, señor regente — profirió la señora de Parabere: — en la hora de ahora, toda la nobleza de Francia está en la plaza del Arenal, protestando de esta suerte, ante el pueblo, con su presencia y aun con su silencio, del fementido proceder del regente de Francia y exigiéndole estrecha cuenta de su falacia.

El duque retrocedió ante la marquesa, pues los ojos de ésta despedían llamas, y á la vez parecía ella la justicia viviente.

— Ha matado V. al señor de Horn porque yo lo amaba — continuó la de Parabere. — Sí, lo amaba, y lo amo todavía, más que nunca, ahora que ha muerto por mí, que ha puesto V. el colmo á mi vergüenza, marcando mi nombre con una mancha sangrienta. ¡Ah! ¡nunca, nunca perdonaré á V.!

— Está V. en un error, señora — replicó el duque, — en nada han influido en mi voluntad los celos. Si el conde de Horn hubiese quedado impune, la monarquía habría rodado por los suelos...

— Eso á otros, que indudablemente no lo crearán; pero no me lo diga V. á mí. ¿Cómo se atreve V. á repetírmelo á la cara? ¡Ah! me iré, saldré de esta corte; no quiero pertenecer ni un día más á un caballero falaz y sin palabra.

No era esto lo que el regente quería, ni esperaba un desenlace trágico, cuanto más que en el Palacio Real nada solía serlo. Apremiado por Law y por Dubois, pues él, por sí, era incapaz de una venganza ó de una crueldad, el duque se había librado de un rival; pero ahora que veía lo serio del acto, arrepentíase de haberlo hecho: la desesperación y las amenazas de la marquesa le hacían evidente lo que él nunca quería ver, y desviaba los ojos.

— No, no quiero continuar viviendo aquí — prosiguió la marquesa; — las orgías y los placeres me repugnan ahora. Lo desprecio á V. y lo odio. Me esconderé en un convento, y nadie oirá hablar más de mí.

— ¿Una desesperación eterna, marquesa?... Es muy largo para una cara tan hermosa como la de V. Esos divinos ojos no los hizo Dios para que lloren continuamente.

El duque echaba mano de la zumba y de la galantería, armas ordinarias de aquellos pequeños combates á que estaba acostumbrado; pero ahora quedó vencido. La de Parabere lo envolvió en una mirada de arrogancia, y salió del gabinete lanzando á su interlocutor, y con el más más humillante desdén estas palabras: «¡Me da V. lástima!»

La marquesa, al reunírseme, estaba trastornada; no la hubiera descompuesto más una enfermedad de seis meses.

Yo me había levantado y vestido, sintiendo inquietud por ella y no sabiendo claramente qué hacer.

— ¡Ah! venga V., venga V. — me dijo la marquesa, — quiero verlo por la vez postrera.

Y sin darme lugar á contestarle, se me llevó consigo, me hizo bajar la escalera, me empujó hacia el coche de su arrendador, que no esperaba tal fiesta, sentóse á mi lado y gritó al cochero:

— ¡Al Arenal!

Para mí, lo único comprensible era que la señora de Parabere me llevaba á un lugar al cual no me aguijaba ningún deseo de ir, donde quizá daría ella un espectáculo público al que yo no tenía ganas de verme asociada; y al hacérselo observar con todo el sosiego que pude, me contestó:

— Déjeme V. hacer; hallará V. allí buena compañía.

Dichas estas palabras, la marquesa se respaldó en el testero del coche, se tapó la cara con el pañuelo, y rompió otra vez en sollozos. Nunca hubiera yo creído á aquella mujer capaz de un dolor tan verdadero y tan profundo, y si he de ser franca, no la comprendía: sus extremos, aun en aquella ocasión, parecíanme fuera de lugar, máxime tratándose de un amante del cual le correspondía no haber hecho gala... Pero ¿de qué no hacía gala la señora de Parabere?

Entrambas avanzábamos lentamente, pues el gentío era inmenso, y conforme nos acercábamos al Arenal, mayores eran las dificultades. La fila de carrozas no tenía fin. Por último, divisamos la plaza y el patíbulo, y mi compañera asomó la cabeza á la portezuela y miró, con los ojos ya enjutos.

Algunos soldados de la ronda á caballo, al ver nuestro coche, nos cerraron el paso, é intimaron al cochero que tomase otro camino. El cochero, que nunca se había visto en tales ceremonias, no sabiendo qué hacer, permanecía inmóvil en su pescante.

— ¡Adelante! — gritó la señora de Parabere, sacando la mitad del cuerpo por la ventanilla.

— Únicamente puede acercarse la familia del conde — contestaron los soldados echándose reir, — y un coche como ese nada tiene que ver con la casa de Horn.

— Déjalo — profirió uno de aquellos ruines, —

pertenece á la noble casa del judío á quien asesinaron, y viene para saborear la venganza.

La marquesa, al oír estas palabras, tornó á levantarse precipitadamente, y, dirigiéndose á la muchedumbre que la rodeaba, le lanzó un reto extravagante, diciendo:

— ¡Soy la marquesa de Parabere! ¡Paso!

— ¡La querida del regente! — profirieron algunos de los que rodeaban el coche.

— Y bien, sí, la querida del regente, si es preciso eso para que me abran paso.

Nadie replicó á estas palabras; los soldados se apartaron silenciosamente, y pasamos. La marquesa, con el hermosísimo rostro descompuesto por el dolor, los cabellos desmelenados, el tocado en desorden y los ojos preñados de lágrimas, revelaba á aquellos seres groseros una de esas desesperaciones que imponen respeto siempre, aun en el nada airoso puesto en que ella se había colocado diciéndose públicamente querida de un hombre.

Nunca olvidaré lo que entonces vi; mis pobres y apagados ojos grabaron aquella imagen en mi memoria: era un espectáculo extraño y grandioso en su horror.

La plaza del Arenal, henchida de gente, los archeros de la ciudad con sus partesanas y rodeando ó custodiando el patíbulo, en el cual aun se retorció el caballero Milhes, pidiendo á gritos perdón al desventurado conde, que ya no lo oía, y acusándose, en medio del clamoreo, de ser él el único autor del robo y de la emboscada, formaban un espectáculo indecible que tenía en conmoción á la clamorosa muchedumbre, pero que no resucitaba al inocente.

Las ventanas y aun los tejados estaban atestados de espectadores y de curiosos ávidos de ver padecer y expirar en la rueda á un príncipe del Sacro Imperio,

á quien su nombre y su inocencia no habían resguardado.

Aquellas carrozas enlutadas, en las que campeaban los escudos de armas de la más ilustre nobleza, y en las cuales iban los más encumbrados señores de Europa, rigurosamente enlutados, tristes y silenciosos, protestando con aquella manifestación, contra la perfidia de un príncipe jefe del estado; aquellas carrozas desfilando al paso en pos de la del marqués de Crequy, en la que habían despositado el cadáver del conde de Horn con todos los honores y respetos, para trasladarlo á una capelardente ex profeso dispuesta en el palacio del sobredicho marqués, y donde permaneció expuesto por espacio de diez días; y finalmente, aquella mujer sentada junto á mí, que no escondía sus lágrimas ni sus añoranzas, y sollozaba mientras seguía á la nobleza que la había repudiado, y á la cual, sin embargo, pertenecía, quebrantáronme el corazón y me anonadaron hasta un extremo tal, que se había secado la fuente de mis lágrimas y mi cuerpo guardaba la inmovilidad de una estatua.

Nosotras íbamos á la cola de la fila, y al pasar por delante del patíbulo, en el que un gran charco de sangre señalaba el sitio que ocupara el desventurado, la señora de Parabere no pudo resistir más, y exhalando una gran voz, cayó desmayada.

Yo me apresuré á ordenar que volviesen á conducirnos al palacio de la marquesa, tomando por una calle desviada que nos sustrajese á espectáculo tan horrendo.